

LA CONTINGENCIA COMO CONDICIONAMIENTO EXISTENCIAL

SARA LOPEZ ESCALONA

LA FILOSOFIA COMO QUEHACER VITAL

Plantear el análisis de cualquier temática antropológica supone emitir un juicio sobre la filosofía, específicamente sobre su quehacer, alcance y dirección.

Por deformación de sus cultores la filosofía suele aparecer como un saber arcano y oscuro, fruto de iniciados que gozan más de erudición que de sabiduría. Entendemos la sabiduría como una actitud ante la vida. Actitud que supone el asombro, el cuestionamiento, la inquietud, pero que supone también ciertos logros, no necesariamente inamovibles, que tornan llevadera la existencia.

Es necesario que la filosofía pueda ser realizada desde una perspectiva netamente filosófica, (1) ésto significa que se vea asediada por preguntas radicales, por un afán de búsqueda, por los eternos por qué y para qué esenciales que son los que le otorgan categoría de saber metafísico.

El asedio inquisitivo y la vinculación con la vida; (2) con el existente concreto (3) son dos hechos que pueden hacerla más vigente y necesaria.

En nuestro tiempo, aparece corrientemente la filosofía, como fruto de una elucubración alejada de la vida y la experiencia, dejando de lado los problemas verdaderamente importantes para el hombre, eludiendo lo ineludible o entregándonos pseudo verdades que explican pero no convencen. En el ámbito antropológico, esta actitud se proyecta con caracteres dramáticos al querer conformar la vida humana en función de un arquetipo que resulta tan alejado como irreal y, más tarde, en la tarea que el hombre se autoimpone por la teoría profesada. (4)

Rescatar el sentido prístino del filosofar es un propósito que se nos aparece como urgente. La filosofía se inicia históricamente con la capacidad de asombro (5), con la búsqueda, con la pasión por indagar. Es importante resaltar que la filosofía logra su indiscutible primacía más por la pregunta planteada que por la realidad encontrada. Desde la filosofía se cuestiona mucho, pero se explica poco y ésto ni debe causar escándalo, ni quita validez a sus planteamientos. El por qué soy, el cómo soy y el para qué soy suelen no siempre tener contestaciones acertadas o claras, pero no plantearse las interrogantes significa vivir ingenua y torpemente. La filosofía no despeja dudas, produce dudas, no acalla la inquietud sino que la favorece, no es consoladora en la mayoría de sus alcances.

La permanencia del interrogar en filosofía se debe, sin duda, a que ella se hace desde el ser cuestionante, desde el único ser para el cual la realidad y su propia realidad, se torna problemática y no satisfactoria, desde el ser que se interroga sobre sí mismo y sobre el sentido del ser.

En el papel que consideramos propio de la filosofía, ésta debe establecerse como hermenéutica y saber orientador (6) de la vida. La aspiración de los clásicos ha ido por esta línea. No hacemos por tanto sino rescatar una antigua aspiración: que la filosofía nos enseñe a vivir y nos prepare para morir, ya que en las coordenadas de vida y muerte deviene necesariamente nuestra existencia. Pero no es fácil vivir, ni menos aceptar morir (7). Por tanto, asignar esta misión al saber filosófico es enfrentarlo a un desafío interesante, difícil y riesgoso.

El filosofar se hace en la indagación permanente y por ella se establecen ciertas pistas que encaminan valorativamente la existencia. La pregunta busca la esencialidad y por eso habla de una cierta jerarquización, desposesión o relativización de las cosas. Algo es más importante y algo lo es en menor grado. La pregunta apunta a un para qué teleológico que necesariamente entregará la justificación de la existencia o mostrará lo absurdo de ella (8). La pregunta apunta también a nuestro propio ser, a la peculiar forma de ser que tenemos, y por ello algo nos dice de nuestras posibilidades y límites. Nos mostrará qué es utopía en las aspiraciones y qué puede ser realidad. estas inquietudes son neta-

mente filosóficas, dejarlas de lado es prescindir de la misma filosofía, es no asombrarse, no cuestionarse y no dudar. La duda es como el equilibrio fructífero de la razón. Frente a ésto, la filosofía aparece hoy como un quehacer instalado con unos principios definitivamente ganados (9), en conformidad a los cuales estamos remitiendo la experiencia (10) y es justamente en esta remitiencia donde no se establece la relación entre teoría y el quehacer cotidiano de la vida humana.

Se nos aparece como tarea prioritaria vincular filosofía y vida, razón y realidad, teoría y experiencia. Estas dicotomías suelen provocar hoy día la desarmonía en el hombre, porque éste, presionado por formas culturales, aspira a conformarse en relación a un modelo que le resulta tan inalcanzable como extraño.

Razón y vida, teoría y experiencia, principios y realidad no deben aparecer como antinomias, porque no sirve, no es propia del hombre una vida sin reflexión, pero tampoco tiene sentido una reflexión sin que enraíce fuertemente en la vida y sirva a ésta para hacerla más plena.

A la filosofía se le plantea el problema, nada fácil, de justificar la vida, averiguar para qué vivimos, y luego, en función de ese para qué encontrado, ver si el cómo vivimos la vida nos convence. Aparece, pues, claro que la filosofía se debe hacer por y para el hombre. Ahora bien, una filosofía a partir de la persona debe considerar su existencia "in situ". No puedo hablar de la libertad sin hacer referencia a modalidades específicas y dificultades concretas. Una construcción filosófica apriorística no tiene validez en el orden personal, orden en el cual la filosofía debe operar. Es por ello necesario desmitizar (11) el acontecimiento existencial interpretándolo desde la existencia misma.

Un papel esencial de la filosofía es tomar en serio la vida, buscar su sentido, pergeñar su finalidad, cuestionar su realización.

La actitud filosófica requiere rigor, rigor que no está reñido con la búsqueda continua, el asombro y el cuestionamiento. Rigor que lleva también como exigencia la elaboración y creencia de una cosmovisión que se traduzca en una praxis coherente con ella. En esta forma, de una manera natu-

ral, se relacionan vida, pensamiento y acción.

No podemos admitir que la filosofía se transforme en un juego de entelequias que no dicen relación al existir humano, existir enmarcando en un tiempo y un espacio; existir ambiguo y perplejo (12), existir mordido radicalmente por la contingencia y angustiado por esa realidad.

¿QUE ES Y COMO SE VIVENCIA LA CONTINGENCIA?

La contingencia se ubica en un término medio: excluye tanto lo necesario como lo imposible. Desde el punto de vista metafísico, es contingente todo ser al cual la existencia no se le presenta como necesaria. En el esquema aristotélico, lo contingente aparece en contraposición a lo necesario. Santo Tomás tiene un enfoque más complejo del tema y radicaliza la contingencia al ponerla en el plano del ser (13). Ser contingente es aquél que puede ser o no ser. Desarraigado -de alguna manera del ser- el ser contingente es siempre un ser "ab alio", este hecho se aparece como un buco fecundo para consideraciones posteriores.

La contingencia aparece como la realidad radical de mi existencia, puesto que es ella la que está llamada a ser de una manera limitada. Puesto en la existencia, el problema no es tanto el por qué sino el para qué. Es el tema teleológico el que inquieta la vida. El destino no me puede resultar indiferente porque algo en mí apunta insaciablemente (14) a posesiones que otorguen descanso, y el gozoso sosiego al que aspiro se ve continuamente amenazado por el término. El término produce una constante incordia en el hombre. Parte de la tragedia es que siendo en el tiempo deseamos la eternidad (15).

Se tratará de ver la contingencia situada, ubicada, encarnada. Es la contingencia humana la que resulta problemática porque éste es el ser que se resiste a las consecuencias de un existir amenazado. Es, por tanto, conveniente analizar y ver las implicaciones de nuestra indeterminación al existir con necesidad.

Por la contingencia, nuestro ser y sus manifestaciones se tornan lábiles, una atmósfera caliginosa parece envolver la existencia sin que en determinados momentos y desde un nivel estrictamente filosófico veamos con claridad una salida consoladora. Sin embargo, es necesario resaltar que la contingencia se patentiza con modalidades y matices diferentes según la calidad humana.

Vivencio la contingencia en la búsqueda ilusionada de realidades que en la posesión defraudan porque ellas, de alguna manera, no se adecúan plenamente a mis ambiciones o porque en algún momento -por el desgaste natural del contacto- me percató de sus insuficiencias (16).

La frustración es una vivencia antropológica corriente en relación a la contingencia; pues, una suerte de fraude aparece unido a cada logro. La frustración muestra la talla de nuestro verdadero ser. Con frecuencia nos percatamos que nuestras únicas certezas terminan, que estamos comprometidos, religados con realidades tan perdurables como nosotros mismos y que no aceptamos ni nuestra fragilidad ni el término de ellas. La conciencia del término, de la fragilidad (17) -es en la conciencia y por ella que todo se me hace problemático- fustiga rítmicamente cada logro. La angustia aparece como consecuencia de la conciencia de finitud y supone sentir la existencia amenazada por el término.

La existencia no se hace confortable porque la sé medrada. Me acosa una realidad: la de ser sin ser del todo, me atormenta un deseo: la permanencia.

El hecho de que todo comienzo anuncie a la vez un fin, la posibilidad de la no existencia en toda existencia a mi alcance me dice que el afán por conquistarlas está preñado de transitoriedad. La verdad es que nada podemos tener total y definitivamente y que toda posesión es deficitaria por esencia; es por eso que el hombre, al constatar lo limitado de su ser, vivencia dramáticamente la existencia en la insatisfacción, el olvido, la frustración, el término, la muerte, el sufrimiento y la desolación.

La existencia finita tiene una remitencia esencial a la no existencia y por ello muchas veces se prefiere la no posesión a la posesión frustrante. El hombre intenta, por

diversos medios, rescatar la parte de felicidad vivida, esto se ve claro en el recuerdo, con frecuencia le otorgamos una riqueza que la realidad añorada no tenía, nos percatamos de esta verdad en el vano intento de reconstruir situaciones que guardan más calidad en nuestra memoria e imaginación que en la forma que se vivieron realmente. La nostalgia recrea como reclamo de esos afanes idénticos que atormentan el alma de todos los hombres. Por estos afanes, en cada logro humano se instala el deseo de una posesión nueva, el temor de perder lo alcanzado o la desolación por el no encuentro de lo que buscábamos. La soledad del hombre contemporáneo podría tener su explicación en el afán de éste por afincar en lo que es precariamente.

Para el hombre todo se torna vulnerable -La vida humana adquiere perfil original por esa capacidad de interioridad (18), por el ensimismamiento, por la in-sistencia, ésto nos permite darnos cuenta, criticar, no aceptar la realidad como ha sido dada, pero el privilegio nos abre al problema y al misterio. El "entender" no nos permite entender y aceptar tantas limitaciones dolorosas, tanta ambigüedad y contradicción (19), tanta inadecuación entre nuestra forma de ser y las demandas que establecemos como metas. No nos permite aceptar que irremediamente caminemos a la muerte, certera realidad que manifiesta en plenitud la contingencia (20). En el hombre se da la conciencia del ser y no ser como unidad: soy con posibilidad de no ser. Mi ser aparece continua y fatalmente amenazado por el no ser, esto es lo que confiere un sentido trágico a la existencia. El no ser se instala progresivamente en las limitaciones y finalmente en la muerte (21). Esta es, en un contexto filosófico, no ser lo que era. La muerte -indiscutiblemente- es contera para el ser personal. La reflexión en torno a los problemas del existir es más frecuente en el hombre culto, en el intelectual. La insatisfacción existencial supone tener satisfechas las necesidades básicas ¡Paradojal forma de la vida humana! El tormento metafísico supone la ausencia o superación de otros sufrimientos. La mayor sensibilidad ante los hechos es propia de una finura de espíritu, de una manera distinta de ver y pensar. Quién así vive, paga un precio a la existencia pues se pregunta en forma asidua, y devela el no ser de cada ser (22). El hombre común acepta con naturalidad y resignación lo dado. No va tras el porqué pues le urge el cómo. Su preocupación es cómo vivir, no para qué vivir. De aquí deducimos que no es dramáti-

ca la contingencia en sí, sino que se vuelve dramática para el ser que la tiene como forma de ser y que, además, ha tomado conciencia de ella percatándose de su fragilidad y falta de consistencia. El que se plantea interrogantes metafísicos asume un sufrimiento que es a la vez desolador e iluminador (23).

Extraña situación la del hombre por la dicotomía que se establece entre su aspiración y la realidad vivida. Aherrojado de incertidumbres quiere certezas, minado por el tiempo quiere permanencia, azacanado en lo pasajero se atormenta por lo esencial.

La vivencia de la contingencia enmarca mis posibilidades y límites, por ella sé qué debo esperar, qué puedo reclamar de las personas y cosas.

¿Cómo enseñar a vivir con esta condición de mi existencia?. Si afirmábamos que la filosofía debe insertar en la vida, esta pregunta se transforma en cuestión radical para el quehacer filosófico y se hace tarea también para la educación. Aparece así como cosa previa percatarnos de la situación especial que tiene nuestra existencia y, consecuentemente, plantear formas de asumirla y procurar salidas.

Si mi contingencia radica en que no soy el ser, o no soy ser del todo y para siempre, gozo sin embargo de una incondicionalidad o validez en cuanto el ser es mi referente (24), el fundamento intrínseco que me pone en la existencia. De esta manera, el ser que anida, precariamente en lo contingente, se hace voz. El ser hace su llamado imperioso mediante lo contingente (25). Entender esto como llamado y no como encuentro definitivo supone un acto de lucidez que no siempre tenemos.

En la medida que somos y estamos abiertos a posibilidades de ser aparecemos con una nota de positividad aun cuando seamos en forma precaria; soy -limitadamente- tendencia al ser y esta vocación al ser me hace intolerable la nada existente en toda realidad perecedera, como me hace igualmente intolerable el término en el tiempo (26), éste marcando el desgaste del existir tiene una función propedéutica en relación a la vida y a la muerte (27).

La realidad indiscutible de la existencia finita nos lleva a la búsqueda de una fundamentación de ella: la razón de la existencia del ser. El ser contingente no puede tener en sí su justificación puesto que su ser es precario, es en esta precariedad donde la contingencia aparece como valor iluminador y proyectivo; nos hace tomar el pulso a la vida, nos muestra la consistencia y medida de nuestro existir y se establece como un reclamo metafísico que apunta a buscar el sentido de la existencia humana.

ACTITUDES ANTE LA CONTINGENCIA

Los tipos antropológicos condicionan diversas actitudes ante la contingencia, ellas pueden ir desde un vitalismo que busca saciarse en lo cotidiano (28) a la valoración del esfuerzo y la lucha (29) o la creencia de que por la irracionalidad de lo existente se hará posible un mundo nuevo (30).

La forma de asumir la humanidad establece diferentes tipos de hombres. Esta distinción es reconocida en distintas áreas de la cultura: religión, psicología y, desde luego, en filosofía.

La Escritura nos habla de los hombres de las tinieblas y los hombres de la luz, del hombre antiguo y el hombre nuevo. La caracterización sigue siempre marcando dos sectores en la humanidad: los despiertos y los dormidos, el hombre del ser y del aparecer, los lúcidos y los hombres de la esquivo, los auténticos y los no auténticos. Pensadores tan dispares como Pascal y Sartre coincidirán en fustigar al hombre de la diversión el primero, en tanto que Sartre hablará de los cobardes, conformistas y farsantes, tipo de hombre que se entrega a la mala fe para no ver la realidad. Filósofos en diferentes épocas y desde enfoques diversos admiten la existencia de un estado más visionario para afrontar la existencia. Connotaciones culturales, religiosas, estéticas y psicológicas parecen favorecer esta forma distinta de ver y vivir, pero hasta el momento no se ha planteado como problemática y desafío -por lo menos en el área filosófica y educativa- el buscar los medios adecuados para tener esta vida humana más plena. La distinta forma de ver se vincula con la reflexión,

pero no es fruto de un racionalismo; tiene relación con el autoconocimiento (31), pero no se pierde en un solipsismo. Cambiando la perspectiva de visión se inaugura otra forma de camino (32) que comporta la búsqueda de almas con afanes semejantes.

En un intento -no fácil- de caracterizar este grupo de hombres, se podría decir que no son como la mayoría, que han logrado -en alguna medida- darse cuenta, recordar lo esencial (33), no andar como el común de la gente (34).

El hombre del ser vive en función de la verdadera vida. Busca la realidad y rechaza la apariencia. Tiene conciencia de haber superado un camino en el que no encontró descanso (35). En la constatación de su realidad se le aparece tanto el límite como el llamado imperioso del ser, y su existencia adquiere un nuevo dinamismo que apunta al encuentro con el ser que fundamenta y justifica su existencia (36). Este hombre vive así de cara al ser y desde él se entiende (37).

La contradicción de un vivir dependiendo de lo que termina se le hace evidente (38).

Con igual claridad distingue, por comparación, la diferencia que media entre lo caduco y lo permanente (39).

El estar en la categoría de los conscientes comporta riesgos, sinsabores o consuelos, según sea la clarividencia lograda. En este terreno no aparece la seguridad. ¿Qué mundos abisales somos capaces de enfrentar? ¿Hasta qué grado podemos soportar la conciencia lúcida, el darnos cuenta? ¿Qué salida se nos ofrece al avanzar? ¿Qué capacidad tenemos para asumir la realidad como verdaderamente es? ¿Cómo enfrentar el hecho de una vida enfocada desde una perspectiva equivocada?. El mito platónico de la caverna puede servirnos de analogía para entender en parte esta realidad. ¿Qué reacción habrían tenido esos hombres al comprobar que habían vivido de espaldas a la luz, al comprobar que lo tomado por realidad era mera apariencia?. En forma similar puede que, desconociendo nuestro verdadero ser y nuestra radical referencia, añoremos y deseemos una pseudo realidad que es sólo apariencia, que encadenados a la manera platónica, creamos vivir una realidad que no es tal.

La forma de ver y vivir la existencia hace que la contingencia nos afecte de diferente manera. Todos los seres humanos están transidos de contingencia, pero no todos la vivencian en el mismo grado y, por ello, las actitudes asumidas frente a ella son diversas. No es lo mismo "saber", "conocer" la existencia de los hechos y admitirlos como naturales, que "vivir" y "sentir" dolorosamente su existencia. La mayoría de los hombres viven en una forma ingenua en la que se acepta la acomodación de la vida, el olvido, el término y las justificaciones existenciales de dudosa o escasa consistencia.

La forma habitual, normal, o mejor "anormal" en que corrientemente pasamos la vida dificulta este "darse cuenta". La trama de lo cotidiano nos aprisiona privándonos de nuestro más genuino ser.

Buscamos y deseamos saber, pero no hemos atinado a encontrar el saber esencial que nos cambiaría la calidad de vida.

Uno de los méritos de la contingencia asumida, es que nos muestra la consistencia y medida de la existencia. La reflexión, el silencio, la soledad, la vivencia del vacío (40), la comunicación con iguales, y el autoconocimiento tienen aquí un papel radical. El autoconocimiento nos hará conocer, primero, y aceptar, después, la limitada entidad que tenemos. La aceptación requiere de un conocimiento metafísico previo: la precariedad ontológica que me constituye: ser sin ser del todo y para siempre. Reconocernos en lo que somos no es pesimismo sino realismo. Plantearnos la cuestión de si el hombre puede inaugurar nuevas rutas y qué medios son eficaces para avanzar por ellas es una cuestión radical para la vida y, por ello, es también cuestión radical para la filosofía y para la educación. Es aquí donde la filosofía entra como saber vital (41), como sabiduría que ayuda a realizar armónicamente -en verdad, belleza y bien- la existencia humana. Aquí el papel iluminador de la reflexión nos permite situar las cosas, dimensionar los hechos, distinguir su significado y alcance.

La vivencia más sensible de la contingencia no necesariamente lleva a un pesimismo, -ver en las existencias sólo la parte de ser que tienen es optimismo, atenernos sólo a su no ser pesimismo, ver ambos aspectos: realismo- pero sí

a una actitud más coherente frente a la vida. Esta actitud conlleva un algo de sospecha frente al otorgamiento de cada realidad. No se trata de una actitud meramente apriorística, sino de una vivencia defraudada de lo que se ofrece y se posee porque se sabe que en toda oferta está el límite y en toda posesión la insatisfacción. Es importante reiterar que esto no supone una visión pesimista de la vida, es sólo conocer, saber y sentir -el orden no es arbitrario- qué puedo reclamar de lo que se me ofrece, qué me pueden entregar realidades esencialmente perecederas. Saber -en última instancia- con qué calidad de justificaciones cuenta mi existencia.

Porque es limitado y no acepta el límite, el hombre busca afanosamente formas de trascendencias, el problema que se le plantea es cómo y en qué perdurar. El espíritu puede aparecer -desde un contexto netamente filosófico- como una posibilidad real y aceptable de trascendencia; de hecho, es la salida de filosofías que tienen su inicio en la concepción platónica; pero si bien es cierto que el espíritu me constituye (42) lo hace de una forma muy peculiar: se presenta con una relación sustancial a mi materia. El poderío y prestancia del espíritu es innegable. El alma espiritual es la que constituye a la materia en cuerpo. Parte de su categoría se manifiesta en el misterio. Por ser acto, el espíritu no es directamente conocido sino inferido a partir de sus operaciones. Por su forma es inmaterial, incorpóreo, y su término sólo sería explicable por aniquilación. Este análisis me asegura su persistencia, pero el problema de mi trascendencia personal subsiste pues si bien, el espíritu es algo de mi ser, no es todo mi ser, y lo que se exige es la trascendencia del ser personal en su totalidad.

Formas menguadas de trascendencia son: el conocimiento, actividad por la que me adentro en otros y los hago parte de mí, por él abarco y recreo otras realidades, pero la contingencia me recuerda que en él no alcanzo todo lo esencial ni todo lo que deseo. El amor es otro intento de permanecer en el otro, con el otro o por el otro, pero sabemos que está sujeto al devenir del deseo o la virtud. La amistad -recurso privilegiado que pocos tienen- está sujeta, como todo lo humano a la inestabilidad y al término. La creación artística, expresión de algunos, es otro intento de trascender. Aspiraciones más modestas e ingenuas buscan perdurar en las obras, la familia o la fama. Pero, a una minoría esto no les basta

y siguen reclamando la persistencia de su ser personal.

Las formas de trascendencia anteriormente mencionadas, justifican en parte la vida y tienen en común, todas ellas -y otros posibles intentos- la continua remitencia, en cuanto que aparecen no del todo satisfactorias. Es aquí donde se manifiesta la máxima fecundidad de la contingencia; cuando mostrando la carencia, la insuficiencia muestra también un carácter necesariamente remitente hacia algo que fundamente y justifique la existencia (43).

Llamado por vocación a la felicidad (44), ésta se le presenta al hombre poco asible y, si se obtiene, perecedera. El placer (45) le resulta insuficiente (46). La vida humana aparece así como una vertiginosa carrera en busca de logros consistentes.

Frente a la visión lúcida de su ser el hombre puede asumir fundamentalmente dos posiciones:

1. la desesperación: es una postura activa, pero con salidas no acertadas. La desesperación puede tener una salida en el suicidio -porque se entiende que la vida no se justifica-, o en la mediocridad lúcida; ésta supone el tormento de haberse percatado del camino reconociéndose sin fuerzas para él. Nunca se puede ser totalmente indiferente a la vivencia de lo esencial. Habiendo tenido su experiencia el no seguimiento conlleva a la angustia como inseparable compañero de la existencia. No se goza con tranquilidad la apariencia, pero tampoco existe una decisión frente a lo que se sabe necesario y suficiente.
2. la rebeldía esperanzadora: será necesario explicar, por qué la rebeldía aparece normalmente en un plano jurídico y no es la connotación que tiene aquí.

Entendemos la rebeldía como la lucha permanente por mantenernos en la línea de lo esencial, como la actitud permanentemente inconforme por la oferta medrada de lo existente, como la búsqueda continua de caminos. La rebeldía, se entiende aquí en un contexto ontológico. Rebelarse es resistirse a la llamada proclive de la apariencia. La rebeldía tiene una connotación positiva en este análisis; la vemos como una actitud hacedora. Porque no podemos aceptar que todo

el dinamismo humano pueda ser frustrado, porque la desesperanza no nos aparece como justificadora del esfuerzo, lucha y construcción, reconocemos en la experiencia metafísica de la contingencia el alumbramiento de un camino que es de esperanza rebelde y de rebeldía esperanzadora. Ambas: la rebeldía y la esperanza son posibles porque la inconformidad me lleva al dinamismo y la contingencia exige justificación y cumplimiento en el ser. El ser que anida en el hombre no se instala resignado ante la finitud. Otro tipo de realidad parece llamar al hombre desde la interioridad de su ser. La contingencia se muestra así como reclamo, y apunta a una dirección en la que busca realización y fundamento.

NOTAS:

1. "Filosofar es resolverse a hacer que despierte el origen, retroceder hasta el fondo de sí mismo y a ayudarse a sí mismo con una acción interior en la medida de las propias fuerzas... tomar en serio la experiencia de la convivencia con los demás hombres, de la dicha y la enfermedad, del éxito y del fracaso, de la oscuridad y de la confusión. No olvidar, sino apropiarse internamente; no desviarse, sino trabajar hasta la perfección íntimamente, no dar por despachado, sino iluminar hasta el fondo: tal es la vida filosófica".

Karl Jaspers.

La Filosofía. Fondo Cultura Económica,
México; 1965. pág. 100.

2. Séneca asigna como papel de la filosofía el consejo. Enseñar qué es necesario y qué es superfluo.

(Cfr. Séneca. O.C.

Cartas a Lucilio. Carta XLVIII.

Editorial Aguilar. Madrid, 1956.

3. "El hombre 'como tal' no existe y el hombre fácticamente existente no es idéntico como tal y sin más con el hombre".

Leandro Rossi. Ambrogio Valsecchi.

Diccionario Enciclopédico de Teología Moral.

Ediciones Paulinas. Madrid, 1978, pág. 1242.

4. "La necesidad experimentada por el hombre que reflexiona de interpretar su propia existencia humana no es puramente teórica. En efecto, según las conclusiones que se sigan de esa interpretación, se hará visible o quedará oculto un tipo u otro de tareas. El hecho de que el hombre se entienda a sí mismo como creación de Dios o bien como un mono que ha tenido éxito, establecerá una clara diferencia en su comportamiento con relación a hechos reales".

"También en ambos casos se oirán muy distintos tipos de

mandatos dentro de uno mismo".

Arnold Gehlen.

El Hombre.

Editorial Sígueme. Salamanca, 1980, pág. 9.

5. "La pregunta por la esencia se despierta cada vez que se ha oscurecido y enredado aquello por cuya esencia se pregunta, cuando al mismo tiempo se ha vuelto vacilante, o aún se ha quebrantado, la relación del hombre con lo preguntado"...

"Con todo, aún los griegos debieron salvar y proteger la asombrosidad (die Erstaunlichkeit) de lo que es más asombroso -contra el ataque del entendimiento sofístico, que para todo tenía lista una explicación inmediatamente comprensible para todos y la lanzaba al mercado"...

"El asombro domina y sostiene por completo la filosofía".

Martin Heidegger.

¿Qué es eso de Filosofía?

Editorial Sur. Buenos Aires, 1960, págs. 23, 24, 29, 50.

6. "La filosofía, tomada en su finalidad esencial, no creo que pueda ser considerada más que como una cierta respuesta a una llamada"...

"También puede esperarse de ella que nos permita tomar una conciencia tan lúcida como sea posible de la profunda confusión, casi siempre inarticulada, que experimenta el hombre en este medio técnico y burocrático donde lo más profundo de sí mismo permanece no solamente ignorado, sino continuamente reprimido hasta su raíz".

Gabriel Marcel.

Filosofía para un tiempo de crisis.

Ediciones Guadarrama. Madrid, 1971, págs. 34 , 19.

7. ~~"... la muerte ha de ser considerada decididamente, en cuanto que es la separación violenta de dos cosas que por naturaleza habían de estar unidas, como una destrucción, como una desgracia y como una catástrofe".~~

Josef Pieper.

Muerte e inmortalidad.

Editorial Herder. Barcelona, 1927, pág. 65.

8. "Al fin de la vida, el hombre se da cuenta de que ha pasado años enteros para convencerse de una sola verdad. Pero una sola verdad, si es evidente, basta para guiar una existencia".

Albert Camus.

Obras Completas.

Editorial Aguilar, México, 1962.

El Mito de Sísifo. pág. 221.

9. "Atrévete a ser sabio. Ello requiere un ánimo enérgico para combatir los obstáculos que oponen al saber tanto la pereza de la naturaleza como la cobardía del corazón. No en balde el viejo mito hace surgir la diosa de la sabiduría completamente armada de la cabeza de Júpiter, porque su primera acción es ya guerrera".

Schiller.

Cartas sobre la educación estética del hombre.

Editorial Aguilar. Buenos Aires, 1981.

pág. 55.

10. Aristóteles insiste en el respeto a los hechos de observación inmediata.

Cfr. **Ética Eudemia.**

Libro VII - Cap. 2.

11. Rudolf Bultman, teólogo protestante, quien ha recibido una fuerte influencia de Heidegger utiliza el vocablo demitizar en el sentido de interpretar el mito en términos existenciales.

- ~~12. "A todos, en algún momento, se nos ha revelado nuestra existencia como algo particular, intransferible y precioso. Casi siempre esta revelación se sitúa en la adolescencia. El descubrimiento de nosotros mismos se manifiesta como un sabernos solos; entre el mundo y nosotros se abre una impalpable, transparente muralla: la de nuestra~~

conciencia. Es cierto que apenas nacemos nos sentimos solos; pero niños y adultos pueden trascender su soledad y olvidarse de sí mismos a través de juego o trabajo. En cambio, el adolescente, vacilante entre la infancia y la juventud, queda suspenso un instante ante la infinita riqueza del mundo. El adolescente se asombra de ser. Y al pasmo sucede la reflexión: inclinado sobre el río de su conciencia se pregunta si ese rostro que aflora lentamente del fondo, deformado por el agua, es el suyo. La singularidad de ser -pura sensación en el niño- se transforma en problema y pregunta, en conciencia interrogante".

Octavio Paz.

"El laberinto de la soledad"

Fondo de Cultura Económica. México, 1967, pág. 9.

13. Santo Tomás trata el tema de la contingencia en la Suma Teológica 1 q. 86 a 3.

"Los seres contingentes pueden ser considerados de dos maneras. Una, en cuanto contingentes; otra en cuanto que en ellos se encuentra cierta necesidad, puesto que no hay ser tan contingente que no tenga en sí algo de necesario".

Santo Tomás toma de Avicena la idea de que nada puede ser tan contingente que no tenga algo necesario. Se refiere a una necesidad óptica.

14. "Te consume, mi pobre amigo, una fiebre incesante, una sed de océanos insondables y sin riberas, un hambre de universos y la morriña de la eternidad".

Miguel de Unamuno.

Obras Selectas. Vida de don Quijote y Sancho.

Editorial Plenitud. Madrid, 1956, pág. 269.

15. "¡Eternidad! ¡Eternidad! Este es el anhelo; la sed de eternidad es lo que se llama amor entre los hombres, y quien a otro ama es que quiere eternizarse en él".

Miguel de Unamuno. Ensayo. Tomo II.

Del sentimiento trágico de la Vida.

Editorial Aguilar. Madrid, 1964, pág. 764.

16. "Yo me veo con poca salud, y aunque tuviese mucha no es razón tener seguridad en vida que tan presto se acaba"...

Sta. Teresa de Jesús.

Cartas.

Editorial Monte Carmelo. Burgos, 1979.

Cartas a las Carmelitas descalzas de San José de Avila.
7 Octubre, 1580.

17. "Lo que más me asombra es ver que todo el mundo no está asombrado de su propia debilidad".

Pascal.

Pensamientos.

Editorial Iberia. Barcelona, 1960, pág. 145.

18. "Sin retirada estratégica a sí mismo, sin pensamiento alerta, la vida humana es imposible".

José Ortega y Gasset.

El hombre y la gente I.

Revista de Occidente. Madrid, 1964, pág. 55.

19. "Porque, en fin, ¿qué es el hombre en la naturaleza. Una nada en comparación con lo infinito, un todo en comparación con la nada: un término entre todo y nada. Infinitamente lejano a estos dos extremos, el fin de las cosas y su principio están para él, infinitamente ocultos en un secreto impenetrable; igualmente capaces la nada de que está sacado y el infinito en que está sumergido".

Pascal.

Pensamientos.

Editorial Ibérica. Barcelona, 1960, pág. 125.

20. "La muerte para el hombre es el límite doloroso por excelencia. Es la manifestación del límite en toda su profundidad, porque naturalmente hablando le plantea -al destruir su esencial unidad de persona esencialmente herida- en una forma no tanto especulativa como existencial, la angustiosa interrogación de su sobrevivencia o de su aniquilación, levantando una pregunta entre dos mundos, unidos en esta tierra por un horizonte nocturnal.

La muerte es reveladora concreta de las regiones metafí-

sicas y nada como ella nos presenta más vivamente nuestra esencial contingencia. Ella hace temblar en sus cimientos todas las aparentes inmovilidades. Nos pone en contacto con la realidad profunda y esencial y frente a ella todo aparece en señal de despedida".

Clarence Finlayson.

Antología. "Algunas observaciones metafísicas de la muerte".

Editorial Andrés Bello. Santiago, 1969, págs. 108-9.

21. "En la muerte como en un océano, vienen a confluír nuestras disminuciones bruscas o graduales. La muerte es el resumen y la consumación de todas nuestras disminuciones..."

Teilhard de Chardin.

El medio divino.

Taurus Ediciones. Madrid, 1966, pág. 77.

22. "Cuando todos comprendemos que la belleza es bella, la fealdad existe entonces.

Cuando todos comprendemos que la bondad es buena, entonces existe el mal.

Así, la existencia sugiere la no-existencia".

Lao - Tsé.

El libro del recto camino.

Ediciones Morata. Madrid, 1975, pág. 30.

23. "La pregunta acerca de la nada nos envuelve a nosotros mismos -a los interrogadores. Es una cuestión metafísica..."

"El aburrimiento profundo va rodando por las simas de la existencia como una silenciosa niebla y nivela a todas las cosas, a los hombres y a uno mismo en una extraña indiferencia".

Martin Heidegger.

¿Qué es metafísica?

Ediciones Siglo Veinte. Buenos Aires, 1967, págs. 110, 88.

24. "... el ente es a la vez no necesario y necesario. Es no necesario, en cuanto que es ente finito y no el ser mismo; de aquí que no esté determinado por sí mismo -por su propia esencia- en orden a la necesidad del ser; es contingente, puede por tanto ser y no ser".

Emerich Coreth.

Metafísica.

Ediciones Ariel. Barcelona, 1964, pág. 201.

25. La fecundidad y trascendencia de la contingencia aparece con toda su riqueza en la tercera vía tomista para demostrar la existencia de Dios. "Hallamos en la naturaleza cosas que pueden existir o no existir, pues vemos seres que se producen y seres que se destruyen, y por tanto, hay posibilidad de que existan y de que no existan. Ahora bien, es imposible que los seres de tal condición hayan existido siempre, ya que lo que tiene posibilidad de no ser hubo un tiempo en que no fue. Si, pues, todas las cosas tienen la posibilidad de no ser, hubo un tiempo en que ninguna existía. Pero, si esto es verdad, tampoco debería existir ahora cosa alguna, porque lo que no existe no empieza a existir más que en virtud de lo que ya existe, y, por tanto, si nada existía, fue imposible que empezase a existir cosa alguna, y, en consecuencia, ahora no habría nada cosa evidentemente falsa. Por consiguiente, no todos los seres son posibles o contingentes, sino que entre ellos, forzosamente ha de haber alguno que sea necesario".

Santo Tomás de Aquino.

Suma Teológica 1 q. 2 a 3

Biblioteca de autores cristianos. Madrid, 1964.

26. "Lo único que el teólogo, según mi opinión, puede hacer, con respecto al problema aquí planteado (se refiere al tiempo) son preguntas. Preguntas que él dirige a los representantes de otras facultades -sobre todo a la de filosofía..."

Karl Rahner.

Escritos de Teología.

Tomo IV. Taurus Ediciones, Madrid, 1961, pág. 467.

27. "Y la tendencia natural, y también la más facilonga, es preguntarse para qué sirve el tiempo ahora, para qué esta meditación tardía, atrasada, anacrónica, inútil. Y sin embargo sirve. La única ventaja de este tiempo baldío es la posibilidad de madurar, de ir conociendo los propios límites, las propias debilidades y fortalezas, de ir acercándose a la verdad sobre uno mismo, y no hacerse ilusiones acerca de objetivos que uno nunca podría lograr, y en cambio afrontar el ánimo, preparar la actitud, entrenar la paciencia, para conseguir lo que algún día sí puede estar al alcance".

Mario Benedetti.

Primavera con una esquina rota.

Editorial Nueva Imagen. Buenos Aires, 1983, pág. 84.

28. "Oh alma mía, no aspire a la vida inmortal, sino agota el campo de lo posible".

Píndaro: 3a. Pítica.

29. "Pon tu parte
y la de Dios espera, que abomina
del que cede. Tu ensangrentada huella
por los mortales campos encamina
hacia el fulgor de tu eternal estrella;
hay que ganar la vida que no fina,
con razón, sin razón o contra ella.

Miguel de Unamuno.

Obras Completas. T. XIII.

Editorial Afrodisio Aguado. Madrid, 1962, pág. 560.

30. "... Yo os digo: es preciso llevar dentro de uno mismo un caos para poder poner en el mundo una estrella".

Friedrich Nietzsche.

Así hablaba Zaratustra.

Edaf. Ediciones. Madrid, 1969, pág. 22.

31. Sobre la importancia del autoconocimiento ver en Santa Teresa:

Vida 13, 15

Vida 15, 14

Moradas I, 1-2
Camino de Perfección 39,5
Moradas I, 2-9
Moradas VI, 5-6

32. "Nada ha cambiado y sin embargo todo existe de otra manera. No puedo describirlo, es como la náusea y sin embargo es precisamente lo contrario: al fin me sucede una aventura".

Jean Paul Sartre

La Náusea.

Editorial Losada. Buenos Aires, 1969, pág. 68.

33. "... hemos olvidado quienes somos en realidad. Todo eso que llamamos sentido común, racionalidad, sentido práctico y positivismo, sólo quiere decir que para ciertos aspectos muertos de la vida, olvidamos que hemos olvidado. Y todo lo que se llama, arte o éxtasis, sólo significa que, en horas terribles, somos capaces de recordar que hemos olvidado".

G.K. Chesterton.

Ortodoxia.

Editorial Planeta. Barcelona, 1968, pág. 67.

34. La idea aparece reiterada en los escritos teresianos. En la vida de la Santa se encuentra en la expresión "anda como los muchos".

Santa Teresa. Vida 7,1

35. "Llevaba auestas mi alma despedazada y ensangrentada, que no quería ser llevada de mí y no encontraba en dónde ponerla: no en los bosques deleitosos, no en los juegos ni en la música, ni en los fragantes jardines, ni en los convites brillantes, ni en los placeres del aposento y la recámara; ni por fin, hallaba descanso en los libros..."

San Agustín.

Confesiones.

Editorial Aguilar. Madrid, 1941, pág. 200.

36. "Si nuestras relaciones con el ser de las cosas, o con el ser de otros entes como nosotros, fuese de verdad la última y definitiva vocación de nuestro ser humano, no habría ni paso a la desolación, ni posibilidad de descubrimiento de nosotros, pudiendo nuestro ser, en ese caso, pasar tranquilamente su noche en el día de cualquier ser... Si nuestro ser no albergase en la relación esencial y trascendental al Ser, ni encontraríamos brutalmente desproporcionado el mundo de los otros seres para nuestra capacidad de ser, ni sería posible la luz y el gozo en el seno de la desolación, cuando todo ese otro mundo está medido y rechazado..."

Agustín Martínez.

Dios en el Exilio.

Editorial Universidad Católica. Santiago, Chile, 1961, págs. 30-31.

37. "El hombre es, pues, aquel ente cuyo ser consiste en la presencia del ser. Por esto no puede entenderse el ser desde el hombre (es el error de toda antropología filosófica al uso), sino que ha de entenderse al hombre desde el ser, pues el hombre vive con vistas al ser. El hombre es lo que es por y desde el ser".

Xavier Zubiri.

Cinco lecciones de Filosofía.

Editorial Moneda y Crédito. Madrid, 1970, págs. 272-273.

38. "¡Oh maldita hacienda! Si no la tenéis causa deseo, si la tenéis cuidado, si la perdéis tristeza".

Baltasar Gracián.

El Crítico.

Editorial Espasa Calpe. Madrid, 1971, Tomo I, pág. 226.

39. "Y todo el señorío y libertad del mundo comparado con la libertad y señorío del espíritu de Dios, es suma servidumbre, angustia y cautiverio... Y todos los deleites y sabores de la voluntad en todas las cosas del mundo, comparados con todos los deleites que es Dios, son suma pena, tormento y amargura... Todas las riquezas y gloria de todo lo creado, comparado con la riqueza, que es Dios es suma pobreza y miseria..."

San Juan de la Cruz.

Subida al **Monte Carmelo**.

Apostolado de Prensa. Madrid, 1948, pág. 32.

40. "El vacío pleno de poderes
siempre terminó talándome
lo postizo,
por no acostumbrarme a lo caduco,..."

Roque Esteban Scarpa.

El laberinto sin muros.

Editorial Aconcagua. Santiago, 1981

41. "No hay que extrañarse, pues, si la única filosofía que resulta conforme al sentido común y al deseo popular es una filosofía "practicante", que se inspira, sin duda, en el trabajo discursivo del pensamiento, pero se consagra más aún a resolver el problema mismo de la vida. Una doctrina que sólo construyese un palacio de ideas y pretendiese encerrarse en él mirando y dirigiendo desde lo alto las realidades de la existencia común permanecería invenciblemente sospechosa".

Maurice Blondel.

El punto de partida de la investigación filosófica.

Editorial Herder. Barcelona, 1967, pág. 75.

42. "Lo propio del hombre es pues la vida del espíritu, ya que el espíritu constituye en esencia al hombre".

Aristóteles.

Ética Nicomaquea.

Libro X - Capítulo 7.

43. "La experiencia de lo contingente nos muestra a los seres y a mi mismo ser en el vacío, en la insuficiencia de ahí la búsqueda del fundamento de los entes".

Ismael Quiles.

Antropología Filosófica In-sistencial.

Ediciones Depalma. Buenos Aires, 1979, pág. 161.

44. "... es evidente que la felicidad debe colocarse y

admitirse como la mejor de las cosas realizables para un ser humano".

Aristóteles. O.C.

Ética Eudemia.

Libro I. Cap. 7

Editorial Aguilar, Madrid, 1964.

45. "El placer, en efecto, parece ser absolutamente consustancial a nuestra especie".

Aristóteles O.C.

Ética Nicomachea

Libro X. Cap. I.

Editorial Aguilar. Madrid, 1964.

46. "¿Cómo es pues posible que nadie experimente placer continuamente? ¿Es acaso la fatiga lo que se opone a ello? Nada humano, en efecto es capaz de desplegar una actividad sin interrupción. Tampoco pues el placer puede ser continuo, ya que acompaña a la actividad.

Ahora bien, algunos objetos nos causan placer por su novedad; pero a la larga y por la misma razón nos agradan menos..."

Aristóteles O.C.

Ética Nicomachea.

Libro X. Cap. IV.

Editorial Aguilar. Madrid, 1964.